

“No Ha Hecho Nada Igual con Ningún Pueblo”

HOMILÍA – SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Celebración Arquidiocesana de la Cruzada Guadalupana Catedral de Santa María de la Asunción 8 de diciembre de 2018

Introducción

“Non fecit taliter omni nationi.” En esta frase latina, la Iglesia ha visto a Dios obrando las maravillas de su plan de salvación a lo largo de la historia de su pueblo. La oración viene del Salmo 147: “No ha hecho nada igual con ningún pueblo.”

Las Obras Maravillosas de Dios a lo Largo de la Historia de la Salvación

Originalmente, por supuesto, esto fue escrito teniendo en cuenta al antiguo pueblo de Israel. Este es el versículo bíblico completo: “Le muestra a Jacob su pensamiento, sus normas y designios a Israel. No ha hecho nada igual con ningún pueblo, ni le ha confiado a otros sus proyectos” (Sal 147:20). El Salmo habla de las maravillas que el Señor ha trabajado para guiar, proteger y cuidar a Su pueblo: sobretodo, dándoles la Ley por medio de Moisés. Esta ley, la revelación de Su amor y verdad y Su mismo nombre, lo reveló a Moisés en la zarza ardiente en el monte Sinaí. Esta era una ley superior, a diferencia de la de cualquier otra nación en el mundo en ese momento. Fue la señal de la Alianza que el Señor hizo con ellos. La adhesión de la gente a esta Ley mostraría al resto del mundo cuán sabios e inteligentes eran, y así lo señalarían a Él que dio la Ley: el Señor, el único Dios verdadero, a quien pertenecían.

La Ley, y de hecho todas las aspiraciones de Israel, se cumplen en el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, nacido de la Santísima Virgen María. Y así es que la Iglesia ve en este Salmo una aplicación especial a la Madre del Hijo de Dios, de una manera muy personal. María llevó en su vientre todas las aspiraciones de Israel. Y así, para ser un recipiente digno a través

del cual Su Hijo tomaría carne humana y nacería en este mundo, Dios, por un privilegio especial, la mantuvo libre de pecado desde el primer momento de su existencia; ella fue honrada de antemano con los frutos del sacrificio que su Hijo divino iba a hacer de sí mismo en la Cruz para ganar nuestra salvación. Es lo que el Prefacio de esta Misa de la Inmaculada Concepción nos enseña cuando, orando a Dios, el sacerdote proclama:

... preservaste a la santísima Virgen María de toda mancha de pecado original, para preparar en ella, enriquecida con la plenitud de tu gracia, una digna Madre para tu Hijo y significar el nacimiento de su esposa, la Iglesia, toda hermosa y sin mancha ni arruga.

Esta oración señala una verdad de gran importancia: no fue solo un privilegio personal que Dios le concedió a la Madre de Su Hijo, sino también la señal de una gracia que concediera al mundo a través del nuevo pueblo que Su Hijo adquirirá para Él: la Iglesia. María es la imagen y el modelo de la Iglesia. Como enseña el Concilio Vaticano Segundo:

La Iglesia, contemplando [la] profunda santidad [de la Santísima Virgen María] e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera.¹

¹ Constitución Dogmática sobre la Iglesia del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, n. 64.

La Iglesia, como María, es nuestra Madre y, al igual que María, busca abrazar a todos los hijos de Dios y llevarlos a la unidad de la única familia de fe que es la Iglesia.

María nuestra Madre: Evangelizadora y Unificadora

Y así es que esta declaración distintiva de las maravillas de la salvación de Dios, “*Non fecit taliter omni nationi,*” llegó a tener una aplicación muy particular para nuestra Señora en su aparición en Tepeyac. De hecho, nunca antes o desde entonces, Dios ha obrado semejante maravilla con ninguna otra nación.

Se cuenta que en 1754 un sacerdote Jesuita de México trajo una reproducción pintada de la imagen de la Morenita a Roma y le contó al Papa, Benedicto XIV, la historia de la aparición y las grandes maravillas que siguieron después, lo que llevó al Papa a caer de rodillas y exclamar esta frase en latín. La historia de esta maravilla nos es conocida: durante los primeros quince años aproximadamente de la conquista española de México, los misioneros tuvieron muy poco éxito en convertir a los nativos mexicanos a la fe católica, pero una vez que apareció nuestra Señora en Tepeyac, México se convirtió a la fe católica, al punto que entre diez años se bautizaron nueve millones de personas. Sin embargo, ¿por qué esta imagen en un pedazo de tela simple y pobre tuvo un efecto tan notable? Es por lo que los nativos entendieron cuando vieron esta imagen.

Los aztecas vieron a una mujer que era una de ellos. Llevaba un manto de turquesa, un honor reservado a los dioses aztecas y a la familia real azteca, y se la están llevando alzada, otra señal de honor concedida a la familia gobernante del imperio azteca. Pero ella es más que una princesa: las estrellas decoran su manto; ella es más prominente que el sol; y ella se para en la luna creciente. Su cabeza está inclinada y sus manos están dobladas en humilde súplica –

exaltada, y aunque está más allá de todas las demás adora a uno más poderoso que ella. La Virgen lleva una banda oscura de maternidad, lo que indica que está embarazada. Su broche es una cruz. Esta mujer ilustre pero humilde es la Madre del Hijo de Dios, “la esclava del Señor” cuyo ser glorifica la grandeza del Señor, el único Dios vivo y verdadero.

Pero los españoles también aceptaron la apariencia de esta mujer como la Madre del Hijo del Dios que adoraban, porque veían en ella una imagen de la Inmaculada Concepción. Fue en 1854 que el Papa Pío IX declaró que la doctrina de la exención del pecado original de María era parte de la fe dogmática de la Iglesia católica, pero esta era una enseñanza que los teólogos españoles habían defendido durante siglos antes. Las imágenes bíblicas que los teólogos vieron en apoyo de este dogma fue lo que acabamos de escuchar en nuestra primera lectura de la Misa de hoy: la historia en el libro de Génesis de la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente – es decir, después de la caída de nuestros primeros padres, Dios prometió que la descendencia de Eva aplastara al maligno para que no retuviera al pueblo de Dios. Pero también vieron su imagen en el último libro de la Biblia, el Libro del Apocalipsis, en el pasaje que es la lectura utilizada para la Misa de Nuestra Señora de Guadalupe: una mujer envuelta por el sol, con la luna bajo sus pies, y con una corona de doce estrellas en la cabeza, encinta y a punto de dar a luz (Ap 12:1-2). Así es que los españoles vieron en esta imagen a la Señora que veneraban como la Inmaculada Concepción. De hecho, el primer relato en español de los eventos en Tepeyac, escrito en 1648, asocia explícitamente a Nuestra Señora de Guadalupe con las imágenes bíblicas que inspiraron la iconografía de María como la Inmaculada Concepción.

Podemos, entonces, ver cómo Nuestra Señora de Guadalupe une el Viejo y el Nuevo Mundo. Ella, que aparece ante los aztecas como una de su propia raza, la Morenita, también es venerada por los españoles como la Inmaculada, cuyo honor España había defendido en el debate

teológico y cuya belleza habían celebrado sus más grandes artistas. Ella apareció allí, en Tepeyac, con la misión de proteger a la gente del nuevo mundo tanto de los sangrientos sacrificios de los sacerdotes aztecas como de la sangrienta masacre de los conquistadores. Se puso fin a este derramamiento voraz de sangre humana por la sangre derramada de su Hijo divino, nuestro Sumo Sacerdote eterno. Por su único sacrificio perfecto en la Cruz, el Hijo de la Señora que los indígenas vieron como propia trajo esa verdadera armonía a la creación que habían buscado en vano en sus sacrificios humanos: con su pie apoyado en la luna creciente aplasta la cabeza de la serpiente, venciendo así claramente la deidad principal de los aztecas, la serpiente emplumada “Quetzalcóatl,” y reemplazando así su religión anterior con la del Hijo del único Dios verdadero. Y para los españoles, esta Madre sirvió como un constante recordatorio de la dignidad inherente de las personas que tanto maltrataron, dadas las palabras incómodas de su Hijo, “Yo les aseguro que, cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron” (Mt 25:40).

Un nuevo pueblo cristiano se forma a partir de los dos, un pueblo mestizo; una nueva civilización cristiana nace de la unión creada por ella que es venerada como la Morenita y la Inmaculada. ¡Qué bendito es México, porque verdaderamente Dios no ha hecho nada igual con ningún otro pueblo! Fue el Papa Benedicto XIV el primero de proclamar, “Non fecit taliter omni nationi”; y fue un Papa Benedicto posterior, Benedicto XVI, quien señaló antes de su elección al trono de Pedro:

En México, al principio, no se podía hacer absolutamente nada con respecto al trabajo misionero, hasta que ocurrió ese fenómeno en Guadalupe, y luego el Hijo estuvo repentinamente cerca, a través de su Madre ... y de repente, la religión

cristiana ya no tiene el rostro terrible del conquistador, sino el rostro amable de la Madre.²

Nuestra Santísima Madre

Hoy celebramos ambos, juntos. Ocho años antes de la proclamación dogmática del Papa Pío IX, los obispos de los Estados Unidos declararon a la Inmaculada Concepción como Patrona de nuestra nación, y en la Nochebuena de 1854, el primer Arzobispo de San Francisco, el español Joseph Sadoc Alemany, dedicó nuestra primera Iglesia Catedral para gloria de Dios en honor a Santa María de la Inmaculada Concepción. Ahora estamos aquí en esta magnífica Catedral, celebrando esta solemnidad de nuestra Señora bajo su título, Inmaculada Concepción, por la cual ella es la Patrona de los Estados Unidos, mientras la honramos bajo el título, Nuestra Señora de Guadalupe, la Patrona de México y, algo aún más significativo, la Patrona de todas las Américas. Ella es nuestra Madre, que nos une a todos como hijos de Dios en una familia de fe que es la Iglesia. Es su pureza – está sin ninguna mancha de pecado, es absolutamente hermosa – lo que logra esta unidad de diversos pueblos.

En esta familia de fe, lo que cuenta no es el idioma, la raza, la nacionalidad o el estatus legal de una persona. Todos estos son bienvenidos para aquellos que le piden a su Hijo esa misma pureza de corazón. Todos nosotros en esta familia de fe la reclamamos como nuestra Madre, nuestra Madre Santísima. Qué alegría, llamarla “nuestra Santísima Madre.” ¡El puro gusto de decirlo! ¡Tanto en decirlo nos desbordamos de alegría! Una alegría aún mayor es la realidad: ella *es* nuestra Santísima Madre, que está siempre con nosotros para acompañarnos,

² Papa Emérito Benedicto y Peter Seewald, “Dios y el mundo: una conversación con Peter Seewald”. Citado en <https://fatherjerabek.com/2013/06/28/non-fecit-taliter-omni-nationi/> .

protegernos, y mantenernos cerca de su Hijo. Ella aplasta la cabeza del maligno; para aquellos que permanecen cerca de ella con un corazón puro, ningún mal puede dañarlos.

Conclusión

Ella está cerca de nosotros y viene en nuestra ayuda, como lo hizo con su prima Isabel cuando estaba a punto de dar a luz a Juan el Bautista, destinado a ser el precursor de su Hijo. Y así, después del final de la Misa, cantaremos el himno tan querido por todos, “Santa María del Camino.” Así es ella: siempre está con nosotros en el camino; camina con nosotros en nuestro viaje hacia el encuentro con su Hijo. Por eso, quedémonos cerca de ella. Unámonos con sus hijos con pureza de corazón, deleitándonos en aclamarla a nuestra Santísima Madre. Ella nos dio a nuestro Salvador: ¡en verdad, Dios no ha hecho nada igual con ningún otro pueblo!